

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE GRANADA
NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGUSTIAS

DISCURSO

DEL

ILMO. SR. D. ELADIO DE LAPRESA MOLINA

EN EL ACTO DE SU RECEPCION ACADEMICA Y

CONTESTACION

DEL

EXCMO. SR. D. MARINO ANTEQUERA GARCIA

EN LA SESION PUBLICA EXTRAORDINARIA DEL 31 DE MARZO
CELEBRADA EN EL PALACIO DE LA MADRAZA



GRANADA

1979

Editado e impreso por el Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Granada para la Real Academia de Bellas Artes de Granada, a expensas de la Obra Cultural de la Caja de Ahorros de Granada. Depósito legal, Gr, 165.1979.

Printed in Spain.

SANTA FE
La ciudad de las Capitulaciones
Panorámica de su nacimiento

REX FERDINANDUS, REGINA ELISABET, URBEM
QUAM CERNIS, MINIMA CONSTITUERE DIE,
ADVERSUS FIDES ERRECTA EST, UT CONTERAT HOSTES,
HIT CENSET DICHI, NOMINE SANCTA FIDES

Pedro Mártir de Anglería

Excmo. Señor
Excmos. e Ilmos Señores.
Señoras y Señores.

Tengo que manifestar en primer lugar, la emoción que representa para mi modesta persona, verme en el día de hoy, ocupando esta Tribuna, que ha sido escabel donde se han pronunciado admirables lecciones magistrales en el transcurso de su ya larga vida, dedicada al cultivo de las bellas artes en su grado sublime.

Esta emoción va arropada por una inmensa gratitud para esta ilustre Academia, que me honra sobremanera, al dar su **placet** acogién-dome en su seno, a los amigos que me propusieron como Académico, a quienes me complazco en hacerles pública manifestación de reconocimiento.

Una vez cumplida esta obligación, tengo que hacer constar que me produce gran satisfacción el recoger la medalla núm. 13 que ostentó, muy merecidamente, el Excmo. y Rvdsmo. Sr. Don Rafael García y García de Castro, Arzobispo de Granada. A este respecto, cómo me agradaría poder dedicar una detallada semblanza de su gran personalidad de publicista, aparte de su inolvidable labor espiritual, como pastor de la grey granadina. No me considero capacitado para analizar ninguna de las dos facetas de su vida. Por ello me he de limitar a dedicar un profundo y emocionado recuerdo a su memoria, sin ninguna otra pretensión.

Corría el año 1930, cuando el que tiene el honor de hablaros, recién terminada su Licenciatura en Filosofía y Letras, comenzaba su aprendizaje de Bibliotecario, en la de la Facultad de Letras, en el edificio Central de la Universidad. Por aquel tiempo comenzaba a frecuentarla Don Rafael, recogiendo materiales para su obra "Los intelectuales y la Iglesia".

Continúa fue nuestra relación y modesta la colaboración en el suministro de libros al Insigne Canónigo Lectoral, para su ingente trabajo sobre "Don Marcelino Menendez y Pelayo, el sabio y el creyente". En esta obra logró poner en su punto justo, el valor de la obra del gran polígrafo montañés, que por aquellos años venía siendo de devoción y estudio por un gran sector de la intelectualidad española.

En el grueso volumen dedicado a su biografía, supo poner de manifiesto el sistema de ideas religiosas, dentro de la perspectiva histórica en que se desenvolvió su vida. Llegada la ansiada paz a España, Don Rafael se traslada a Jaén, primero como Vicario General y a los cuatro años es nombrado Obispo de una Diócesis muy extensa y por completo desmantelada. A ella dedicó su empeño, coronado con una meritísima labor, a la par que producía páginas ejemplares para sus diocesanos, sin abandonar los grandes temas doctrinales, que tocaba con gran acierto. Sus "Problemas Sociales", "¿El Cristianismo en Crisis?", "Los Seminarios en marcha", son testimonio de la visión de Pastor para el espíritu de sus fieles.

A los diez años de estancia en Jaén vuelve a nosotros como sucesor de San Cecilio y es en Granada donde desarrolla no solo su esfuerzo de apostolado, sino también toda su labor de publicista. Recordaremos solamente sus estudios sobre "Vázquez de Mella sus ideas y su persona", "La tragedia espiritual de Vizcaya", "Los apologistas españoles", "El Evangelio de ayer y de hoy", a más de sus discursos, conferencias y pastorales. "La toma de Granada" y "La Fiesta de la Raza" son dos conferencias dignas de figurar en una antología de su extensa obra literaria.

A poco de llegar a Granada se dedica con gran intensidad al estudio de un tema, que desde muy antiguo le preocupaba: las facetas espirituales de la Reina Isabel I de Castilla. Publica su obra "Virtudes espirituales de la Reina Católica", como primer paso para la culminación de la idea que su mente anhelaba: el demostrar la santidad de vida de la mujer ejemplar que, en medio de las grandes preocupaciones del gobierno del "monta tanto", supo ser una excelente católica, que ponía bajo su mecenazgo toda muestra de vida religiosa que se le presentaba, por lo que, verdaderamente enamorado nuestro inolvidable Arzobispo, llegó a soñar para ella hasta la promoción de su elevación a los altares.

No puedo, bien quisiera, en este acto, continuar relatando la labor intelectual del ilustre Académico, pero no tengo más remedio que recordar su discurso de recepción en esta docta Corporación sobre "El Arte religioso en los días de Isabel la Católica", porque este trabajo me ha animado a continuar su labor divulgadora del Reinado de los Reyes que conquistaron Granada, cerrando el período de la reconquista, con la unidad de España en un solo Reino.

Hace bastante tiempo que vengo dedicando mis afanes al estudio documentado sobre la fundación de Santa Fé, los primeros años de su vida y el establecimiento de su población. Sobre este tema tengo en imprenta un extenso y detallado trabajo de investigación. Por ello, y como un anticipo, pretendo en el día de hoy presentar algunos datos nuevos y desconocidos, que duermen en los archivos y que vienen a cambiar alguna de las ideas que todos teníamos estereotipadas, siguiendo la tradición y las relaciones de los cronistas contemporáneos.

En el Archivo Municipal de la ciudad de Santa Fé se conserva un curioso Códice titulado "LIBRO DE LA FUNDACION, POBLACION Y REPARTIMIENTO DE CASAS, TIERRAS, HUERTAS POR LOS SEÑORES REYES CATOLICOS DE LA CIUDAD DE SANTA FE". La fecha de su inicio: el 7 de Marzo de 1492. Este libro tiene gran interés para la historia, entre otras muchas razones, porque se trata del último documento

real que funda una ciudad en los albores de la Edad Moderna y los Reyes disponen su población precisamente en momentos de gran euforia, por haber logrado acabar definitivamente con el poderío musulmán en nuestra patria.

En las circunstancias en que han conseguido vencer el problema de la unidad nacional y que ya tienen en sus manos la culminación de la reconquista, surge Santa Fé, bajo los mismos muros del último baluarte musulmán y justamente en el corazón del ya pequeñísimo trozo de tierra que quedaba a los invasores. Ciudad ésta, que ha sido considerada y estudiada bajo diversos aspectos, la mayoría perfumados por la poesía y el patriotismo, pero que sólo es, en efecto, el punto culminante del esfuerzo de todos los españoles durante ocho siglos.

Fue Santa Fé fundada, edificada y terminada cuando aún era una esperanza la conquista de Granada, erigida, precisamente, para demostrar al enemigo la firme resolución de los Reyes de rendir el último reducto de la media luna en España, en el lugar donde llegaron a un acuerdo con Cristóbal Colón, que había de dar a su corona un continente nuevo, después de laboriosas conversaciones, primero bajo los terciopelos y brocados de la tiendas del Real y después bajo los aún frescos muros de la ciudad recién construida.

A los dos meses de haber tomado posesión de Granada, los Monarcas disponen que se poblara Santa Fé, para que no quedara desolada y vacía una ciudad que había sido testigo de sus últimas inquietudes y afanes, cuando ya podían tocar sus manos la Granada madura, de los nazaries. Para ello disponen que se repartan las riquísimas tierras que en la vega habían conquistado.

No puedo hacer aquí, aunque bien merecería la pena, una detallada relación de como las huestes de Castilla van desgranando la granada, cogiendo los principales puntos de abastecimiento. Ya en 1483, ante la necesidad de hacer más efectivo el asedio a la ciudad, al mismo tiem-

po que se asegura el abasto del ejército, el Rey pone el 21 de Junio por primera vez sus reales en el lugar donde, ocho años más tarde, habría de conseguir la rendición de Granada. Establece su campamento en el lugar que llamaban **ojos de huecar**, a dos leguas de la ciudad y muy cerca del río Genil, en donde permanece hasta el día 26, en que, una vez observada la maravilla que tenía enfrente, levanta el campo y pasando por Láchar se marcha a Alcalá la Real. Continúa durante los años siguientes haciendo frecuentes incursiones por la vega de Granda, talando las cosechas mientras el grueso del ejército va conquistando los puntos estratégicos del reino de los granadinos.

Llegamos a 1490 en que Don Fernando dedica todo el invierno a los preparativos de la que había decidido ser su última y definitiva campaña. Consecuente con su plan de economizar la sangre de sus vasallos y convencido de que Granada, ciudad rodeada de murallas y torreones de piedra de extraordinaria solidez, no puede ser conquistada en modo alguno, ni por la fuerza ni por la destreza de sus soldados, llega a la conclusión de que, para lograrla, tiene que “irle recorriendo paulatinamente los miembros que le quedaran, y cortadas las alas, arrancarle el resto de las plumas, a fin de que al verse oprimida por la necesidad, por su propio impulso, venga a postrarse a los pies de los Reyes.” Estas palabras no son mías, son del maravilloso periodista del siglo XV, Pedro Martir de Angleria (1) que acompaña a los Reyes durante toda la campaña y que la reseña en interesantes reportajes –como ahora se dice– formados por una serie de cartas a todos los personajes contemporáneos. En ellas nos suministra, a modo de cronista de guerra, datos de primera mano.

Después de haber hecho un llamamiento a todos sus nobles, ciudades y villas, para que le asistan en la campaña (2), el 19 de Abril de 1491, el Rey sale de Sevilla al frente de su ejército compuesto de 60 a 80 mil hombres; llega, el día 21, al Puente de Velillos en donde después de pasar revista a sus tropas, continúa hacia Granada, a cuyas proximidades, “LOS OJOS DE GUECAR”, “que es una legua de Granada”, se-

gún los cronistas, llega el día 22 (3). Después de haber hecho una correría hacia los fértiles Valles de la Alpujarra, llegando hasta Beznar, vuelve a los "Ojos de Huecar" estableciendo allí, el día 26, su último y definitivo campamento (4).

Debo hacer aquí una referencia a las razones del Monarca para fijar sus reales en este sitio estratégico por su situación. Este se encuentra con una extensa llanura por delante hasta las mismas puertas de Granada, flanqueada hacia el Norte por la corriente del Genil y los encharcamientos que producen sus derivaciones. A mayor distancia, los montes de Sierra Elvira le sirven de punto de apoyo. Sus comunicaciones con la retaguardia son perfectas; por camino directo se pone en contacto con Loja y su plaza fuerte de Alhama; por caminos secundarios, que siguen la marcha del río, se comunica con Pinos Puente, Moclín, Illora y Alcalá la Real, donde se había quedado la Reina, por lo que tenía asegurados los abastecimientos.

El flanco Sur también está guarnecido por los Castillos de la Malaha, Gabia y Alhéndín. Sólo ante el ejército queda la fértil Vega, que se denomina perfectamente desde el emplazamiento y a la que se dispone asolar con sus constantes talas, estando siempre a la vista de sus taladores, sin necesidad de movilizar más que pequeñas patrullas de protección, para defenderlos de emboscadas: puesto que si llegara a salir el ejército moro de su fortaleza a presentar batalla, siempre estaba dispuesto a adoptar las medidas convenientes.

Es precisamente, el Cronista Oficial de los Reyes Católicos, Alfonso de Palencia, él que en carta al Obispo de Astorga, nos explica las razones estratégicas que acabo de relatar y nos dá la primera noticia del por qué del establecimiento de Santa Fé. Dice textualmente: "Fernando entre otras disposiciones de gran general, dispuso asentar el campamento en un sitito estratégico, lejos de la ciudad de Granada y pensando en su defensa ulterior, comenzó a construir cerca del campamento un esbozo de ciudad, que habría de perdurar con el nombre de SANTA

FE, demostrando al enemigo que no habría de faltar en aquella ciudad un ejército de escogidos caballeros, contando con que en todo el verano no se consiguiera el fin apetecido” (5).

Con esos propósitos situa el campamento sobre las ruinas de la Torre de Huecar, que fue derribada en 1483 por un tal Francisco de Madrid. No han llegado a estar de acuerdo los Cronistas sobre dónde estaba situada esta Torre, y por tanto el sitio exacto donde colocó su campamento. Todos hablan de ella sin precisar su emplazamiento. Para nosotros, hoy, es cosa fuera de toda duda, que lo que actualmente son las ruinas de la Ermita de Santa Catalina, como a un kilómetro del actual casco urbano de Santa Fé, en dirección hacia Granada fue el centro del campamento. Esta afirmación la basamos en un documento expedido en Segovia el 7 de Agosto de 1494, que se custodia en el Archivo de la Real Chancillería de Granada, por el que los Reyes Católicos hacen donación a la ciudad de Santa Fé “del sitio donde Nos tuvimos el Real en la Vega de Granada. . . con tanto que en el dicho sitio dexé el Repartidor señalados 150 marjales a la Ermita de Santa Catalina que ESTA EN EL DICHO SITIO, de la Orden de Sant Gerónimo de la cibdat de Granada” (6).

Esto mismo nos lo confirman las declaraciones de tres moros que en 1550, deponen en el pleito que Santa Fé sostuvo con la ciudad de Granada sobre la jurisdicción civil y criminal (7). Dos de ellos eran nacidos en el CORTIJO DEL GOZCO y un tercero que era paje del Rey Boabdil y que por ser muy joven le permitían el paso al campamento cristiano, lo que él aprovechaba para espiar y llevar a Granada cuantas noticias podía. Este testigo también afirma que “el campamento estaba cabe la Torre de Huecar, en un cortijo de vecinos que se decía Godco”. También nos dicen que esta *Alquería del Godco* llegó a tener después de la conquista hasta 4.000 fanegas, que fueron compradas a particulares colindantes y que al padre de uno de ellos, Hernando de Zafra, Secretario de los Reyes Católicos, le compró 600 marjales y se los pagó a real cada uno.

En esta extensa área se colocan las tiendas en orden simétrico, formando calles y cercando el campamento con fosos y trincheras. En el centro, se levantó una torre de madera de tres cuerpos como aposento de los reyes, según Pedro Mártir, desde la que dominaba toda la extensión de la llanura, tienda que fue alhajada por el Marqués Duque de Cádiz (8).

No bien se acabó de fortificar el campamento, vinieron al Real la Reina Isabel, el Príncipe y la Infanta Doña Juana. Por cierto que hubo discrepancias entre los nobles consejeros del Rey, sobre si sería perjudicial la presencia femenina, para las lides guerreras. Al fin se acordó permitir la entrada del séquito de la Reina, porque se consideró que su presencia junto al Rey era de buen augurio, como había ocurrido en los cercos de Málaga y Baza (9).

Así todo dispuesto, comienza Don Fernando por ordenar la destrucción de la única fuente de avituallamiento que le quedaba a los granadinos: su fértil Vega. Fueron innumerables los alardes de valor de los caballeros moros y cristianos, durante todo el tiempo que duró el cerco. Tan fue así, que el monarca llegó a prohibir el que se saliera a combatir con los moros sin más objeto que el de pelear (10).

DEL INCENDIO EN EL REAL

El acontecimiento al que se le ha dado más importancia y trascendencia por todos los cronistas e historiadores posteriores, fue el incendio ocurrido en el Real en la noche del 14 de Julio de 1491 en la tienda de la Reina. De él se ha llegado incluso a afirmar que fue la causa de la edificación de Santa Fé, para demostrar a los moros el propósito de los Reyes de no marcharse hasta ver conquistada Granada.

En el ánimo de los que ésto afirman es indudable que ha influido la antigua tradición, que perfumaba la fundación de esta ciudad, con el olor de maderas, telas y sedas quemadas por el descuido de una don-

cella o por las mismas manos reales. Muchas veces se ha pintado, con brillantes y poéticas palabras, a la Reina Católica corriendo aterrada con el pequeño escritorio de sus papeles secretos entre los brazos, en busca del Rey, su marido, que todo valeroso se armaba de todas sus armas para ponerse al frente de sus capitanes, que tocada la alarma e izadas las banderas, se habían desplegado ante las empalizadas para contener el ataque que, suponían, desencadenaría el enemigo seguidamente.

La realidad es muy otra, pues en todos los cronistas encontramos el propósito que antes referíamos, de "para ulterior defensa al mismo tiempo que el campamento, el Rey comenzó a construir junto a él, el esbozo de ciudad que habría de perdurar con el nombre de Santa Fé (11).

Los documentos vuelven a probarnos que desde mucho antes del incendio ya se había comenzado a levantar la ciudad. En 30 de Marzo, se ordena a Jeréz de la Frontera que enviara contra Granada la misma tropa que ya tenía, mas 20 cavadores con azadones y espuestas, 20 maestro de albañil, 24 carpinteros y 30 pedreros para comenzar la ciudad de Santa Fé, frente a los muros de Granada. Así consta en los Libros de Actas de Cabildo de aquella ciudad. En 30 de Abril se ordena a Sevilla que envíe 50 pares de bueyes con sus carretas para la obra de la ciudad de Santa Fé (12). Hay igualmente multitud de documentos, despachados entre el 29 de Abril y el 30 de Junio, en que los Reyes fechan sus cartas: "En el Real de Santa Fé", "en el real de sancta fee en la vega de Granada" (13). Lo que nos demuestra que, llamando ya Santa Fé a la ciudad, unos meses antes del incendio de 14 de Julio, no puede ser este acontecimiento el condicionante de su nacimiento. Todo lo más, este fue un acicate para acelerar la terminación de la nueva ciudad, que a partir de la Orden Real, de que las ciudades de Sevilla, Córdoba, Jerez, Ecija, Ubeda y Jaén, ayudadas por los Grandes de Castilla y los Maestrazgos de las Ordenes Militares, imprimió mayor celeridad a las obras emprendidas; los trabajos adquirieron un ritmo

más rápido, hasta el punto de permitir a Pedro Mártir afirmar que “a los 80 días quedaron terminadas las obras”.

Esta afirmación no se puede creer más que como resultado de un reportaje del periodista del siglo XV, pues a los efectos laudatorios de sus cartas le resultaba bien informar que en ese escaso de tiempo se levantó una ciudad, cuando la realidad era, que los moros estaban esperando que los Reyes levantaran el cerco, a causa de las desgracias familiares que les habían ocurrido, a las que se sumó el incendio. Esta afirmación va por completo en contra de las afirmaciones de los testigos presenciales, hechas en el pleito a que antes nos referimos, de que “la villa de Santa fee se comenzó a edificar en el año de noventa y uno durante el tiempo que tuvo puesto cerco por sus altezas sobre esta ciudad y se continuó el edificio della todo el dicho año e parte del año noventa e dos” (14).

DISTRIBUCION DE LA CIUDAD

Nada nos dicen los cronistas de como fuera proyectada y distribuida la ciudad. Para darnos una idea, lo más exacta posible, recurrimos a un plano, que hoy se conserva junto al Repartimiento, firmado por Quintillan, que fue el aparejador de la obra de la nueva Iglesia en el siglo XVIII. Este plano formaba parte de un expediente municipal elaborado para la “desección y relleno de las antiguas cavas que rodeaban la ciudad”; dicho expediente, que por cierto se ha perdido, tal vez nos hubiera suministrado datos preciosos sobre la distribución urbana. En el plano aparecen diferencias, en color encarnado, las casas y todo género de edificios; en blanco, las “calles, plazas y todo el solar o terreno de Santa Fé “y en verde, las corrientes de agua que rodean la ciudad, indicando los puentes” (15).

Existe otro pequeño plano anterior a éste de 1754, en el llamado Libro Becerro del Ayuntamiento, que es la copia del Catastro mandado formar por el Marqués de la Ensenada para la contribución única. Si-

guiendo las instrucciones que ambos nos suministran, hemos podido identificar la distribución que tenía la ciudad, la cual, cotejada con una vista aérea actual de ella, podemos comprobar que ha cambiado bastante poco.

Primeramente, y teniendo en cuenta que fue construida con fines exclusivamente militares, se siguió para ella el trazado de los antiguos campamentos romanos, y habiendo en España ciudades construidas sobre dicha disposición, los Reyes escogieron la distribución de la ciudad de Briviesca, la Verovesca del Itinerario de Antonio, donde se separaban los caminos de Zaragoza a Santiago, a ocho leguas de Burgos. Noticia ésta que nos suministra Rodrigo Méndez Silva en su obra "Población General de España" publicada en 1645 (16).

Tenemos pues que era de forma casi rectangular, cruzada a un tercio por sus lados menores, orientados al Este y al Oeste, por dos calles principales, en cuya encrucijada dejaron una amplia plaza de armas en la que, según Henríquez de Jorquera, "desde su comedio se juzgaban todas cuatro puertas" (17). En ella se construyeron: la Iglesia, la Casa aposento de los Reyes y el Hospital. A los extremos de la cruz formada por sus dos calles principales, colocaron puertas que al tiempo de su fundación denominaron: de Córdoba, Jerez, Sevilla y de los Carros, situadas respectivamente al Este, Oeste, Sur y Norte, y a las que, pasado el tiempo, se les ha dado su definitiva denominación de Granada, Loja, Sevilla y Jaén o de los Carros. Sus dos largas calles que corren de Este a Oeste, aparecían cortadas por catorce calles, orientadas de Norte a Sur, todas rectas y bien trazadas.

En el Códice del Repartimiento, del que hablamos al comienzo, en casco urbano aparece dividido en tres cuartos: de Córdoba, de Xeréz y de Jaén, cuartos que se corresponden a lo que actualmente llamamos barrios; cada uno de éstos estaba formado por "naves" o manzanas de casas hasta un total de 30. En estas treinta manzanas se contaron hasta 112 casas habitables, las que fueron ocupadas totalmente por

otros tantos cabezas de familia, que con sus mujeres e hijos, en unión de los 10 clérigos para el servicio de la Iglesia, compusieron el primer núcleo de habitantes, en un total de 218 personas, que fueron las registradas por el Repartidor, el Comendador Don Diego de Iranzo, desde el 7 de Marzo de 1492 hasta el 6 de Abril de 1494, en que hace el último asiento.

El tipo de casa que se contruyó no fue del orden que podríamos llamar señorial, puesto que eran edificios de circunstancias, terminados en muy poco tiempo y solo con argamasa de cal y cantos pequeños, cubiertos de tejas. De su capacidad, cuando sirvieron de campamento, nos dice Pedro Mártir “que como población eminentemente castrense se levantaron edificaciones con capacidad para acoger en ellas a mil caballerías en su planta baja y en el único piso que tenían se albergaba la tropa que las montaba” (18).

Toda la ciudad fue acotada con un zurco y fortificada con todos los elementos que aconsejaba el arte castrense: altas murallas almenadas, defendidas por fuertes torres en cada paño. Ante todas ellas se extendía un amplio y profundo foso que se salvaba sólo por cuatro puentes que correspondían a las cuatro puertas y que fue llenado con el agua del cercano Genil derivada por acequias construidas de propósito.

El problema del abastecimiento de agua potable lo tuvieron fácilmente resuelto con las derivaciones del río y sobre todo con la construcción de numerosos pozos, que dada la permeabilidad del terreno encontraban agua a pocos metros de profundidad.

Todo aquel cercado tenía, al tiempo de su construcción 400 pasos de largo por 312 de ancho. Cada edificador dejó una piedra con la inscripción de su nombre en la parte del muro que le correspondió levantar y una vez terminada la ciudad, los cortesanos quisieron, como homenaje a la Reina, llamarla Isabela, a lo que los monarcas se opusieron,

disponiendo que se denominara SANTA FE, como símbolo del motivo por el cual luchaban ellos y pelearon sus antepasados desde hacía ocho siglos.

El Conde de Cifuentes pidió al ilustre cronista italiano Pedro Mártir de Anglería que compusiese un tetrástico latino que fue grabado sobre mármol en letras plomo y se colocó en la parte occidental por la puerta de Sevilla y que traducido decía: "El rey Fernando y la Reyna Ysabel, esta ciudad que ves, en muy pocos días levantaron. Erigiose para destruir los enemigos contrarios a la fé. Por eso creen que se le debe llamar Santa Fé". Fue compuesto desde el campamento de Granada en 31 de Octubre de 1491.

LA CASA REAL

Tratado muy someramente cual fuera la estructura de la Ciudad, consideramos necesario dedicar algunas líneas al punto más controvertido en la historia de Santa Fé: la situación, dentro del perímetro urbano, del aposento de Fernando e Ysabel hasta lograr su propósito de completar la reconquista de España, despojando a los moros el último baluarte que les quedaba en el suelo peninsular.

La localización del lugar donde estuviera la Casa Real fue asunto de gran discusión desde finales del siglo pasado, discusión que culminó con motivo del cuarto centenario de la conquista de Granada. Los eruditos locales formaron verdadera polémica literaria en la prensa y en artículos de revistas. El primer autor que en obra sería se ocupa de la Casa Real fue D. Francisco de Paula Valladar en su "Colón en Santa Fé y Granada", obra publicada en 1892 y reimpresa en 1924, en ella nos afirma que "en la casa que en la plaza ocupó el Hospital y que perteneció al Real Patrimonio hasta 1629, fue donde se firmaron las Capitulaciones de Granada y el convenio con Cristóbal Colón" (19).

En las investigaciones realizadas para identificar este punto lo-

gramos encontrar un precioso manuscrito que se conserva en el archivo parroquial titulado "Libro de noticias de la Colegial de Santa Fé" fue escrito en 1693 por el Canónigo de la misma Don Miguel Vallejo del Burgo. En él se nos dice: "la Casa Real que los señores reies cattolicos Don Fernando y Doña Ysabel tenian en Santa Fé, estaba al lado de la Iglesia, a la parte de la Puerta del Sol del mediodía, que hoy llaman del Guerto". Copia así una Real Cédula de 1620 por la que Felipe III hace donación a Don Antonio de Aróstegui de "un sitio de la casa y solar nuestro que está en un rincón de la plaza mayor de sancta fé, que por un incendio quedó inhabitable y que tiene 80 pasos en cuadro y 70 de largo" (20).

Para lograr documentar tan importante aseveración, continuamos la investigación a base de esta pista y de su constancia en el Registro de la Propiedad, Protocolo del notario y Archivos Parroquial y Municipal de Santa Fé, y logrando seguir paso a paso las vicisitudes de la casa. Cotejados los datos, sacados del plano de Quintillan, llegamos a la conclusión de que la Casa Real, con las medidas reseñadas, está en el solar que llaman del Guerto y que linda por el Norte con la Iglesia, separado por una calleja que se abrió en 1682, por el Sur con la llamada Calle Larga, por el Este con la calle Real de la Puerta de Sevilla o calle de Isabel la Católica y por el Oeste con la calle de la Tercia. Este solar corresponde hoy a lo que es casa Rectoral y viviendas anexas.

Como fue el aposento que ocuparon los monarcas durante los últimos meses del asedio a Granada y algunos después de la conquista, no son muchos los datos que encontramos que hagan referencia al aspecto que tuviera y, desde luego, ninguno contemporáneo o muy cercano a su construcción. Para comprender el tipo y carácter de la morada que se construyó para los Reyes hemos de tener en cuenta dos hechos fundamentales. En primer lugar Fernando e Isabel, puede decirse que no tuvieron nunca casa propia; viajeros casi constantes por necesidad, sus palacios fueron los de los Prelados y nobles, que les

daban cobijo en sus estancias, alhajadas con tapices que pendían de un muro a otros haciendo de paredes, o las celdas de algún monasterio, enriquecidas ocasionalmente con cojines y hacheros. En esta disposición, llevando consigo los enseres propios de un hogar, recorrieron España de Norte a Sur y de Este a Oeste, soportando la incomodidad de los viajes a lomos de sus cabalgaduras, puesto que hasta muy avanzado el siglo XVI los caballos eran los únicos portadores de los caballeros y damas de superior categoría, utilizándose las mulas para las clases inferiores, preparadas para las mujeres con hamugas o tablas de cabalgar y, a veces, adornadas las sillas de plata con escudos repujados y guarniciones de paños bordados en terciopelo. En segundo lugar, hay que partir de la base de que en una ciudad levantada con milagrosa celeridad "en ochenta días" (21) no se pensase siquiera en hacer un palacio para los Reyes, sino que se construiría una casa igual o un tanto mayor que el resto de los edificios, sin ninguna clase de filigranas arquitectónicas que la hicieran distinguirse. El cronista Pedro Mártir nos confirma en esta idea al decir que "después de las desgracias que precedieron a la orden de acelerar la construcción de la ciudad (refiriéndose al incendio ocurrido en 14 de julio en la tienda de la Reina) no por esto se acobardaron ni desistieron de sus propósitos. Muestran al ejército con rostro sereno. Se hacen fuertes. Construyen la tienda de mando como si hubiera de durar perpetuamente. Igual hacemos los demás, cada uno según sus posibilidades, construyendo nuestras propias casas".

Bien poco fue el tiempo que Fernando e Isabel utilizaron su nueva morada en el "Real de Sancta Fee" pues, dando por supuesto que comenzaron a habitarla poco después del incendio, en ella estuvieron hasta del 6 de Enero de 1492, en el que una vez entregada Granada, marcharon a la Alhambra, donde se aposentaron. Entre Santa Fé y el Palacio Nazarí pasaron los meses hasta fin de mayo en que se marcharon definitivamente a Castilla (23), no sin antes haber firmado las Capitulaciones con Cristóbal Colón, suscritas por Juan de Coloma "en Sancta Fee en diez y siete de abril de mill y cuatrocientos noventa

e dos años" (24). Su casa aposento en la ciudad quedó al cuidado del Ayuntamiento, recién constituido, el que tenía a su cargo el nombramiento de los Alcaldes.

La noticia documental más antigua sobre la Casa Real de Santa Fé la encontramos en un expediente, en el Archivo de la Alhambra, encabezado por una Real Cédula de Carlos I datada en Toledo, en 21 de mayo de 1554, por la que "su magestad en vista de información y parecer sobre la necesidad de reparar la casa real de Sancta Fee de Granada" manda "que siendo necesarios dos mil ducados se tomen mil cuatrocientos ducados de lo consignado para obras de la casa real de la Alhambra y para gastos de las fortalezas del reyno de cada cosa dello setecientos, que montan quinientas veinticinco mill maravedis" (25).

No constan en el expediente las instrucciones sobre las obras que habían de realizarse, pero por las cuentas y tasaciones de peritos que obran en él podemos colegir, que a poco más de sesenta años de su construcción, fue una reparación a fondo la que se hizo, ya que fueron renovadas todas las maderas de armaduras de tejados y suelos así como puertas y ventanas. Las obras que comenzarían, probablemente, a fines de 1554 o principios de 1555, en lo referente a la estructura, debieron hacerse en poco más de año y medio, pues en 1557 se presenta la primera tasación del carpintero, Martín Moreno, que reclama sus honorarios.

No se debieron hacer todas las obras necesarias, pues en 1560 el Alcalde de Santa Fé, don Francisco de Paz, presenta un memorial de lo que quedó por concluir en la casa, "ques mui grand daño e perjuicio en la dilación de dicha obra" (26). Nada se resuelve y en 1563, al fin, el Alcaide consigue los dineros precisos para acabar la obra, 300 ducados, y éstas se terminan. Ya no se vuelve a hablar de la Casa hasta 1607, 47 años más tarde, en que Alferez Mayor, don Juan Muñoz de Salazar, hace saber al Ayuntamiento que la Casa Real se encuentra

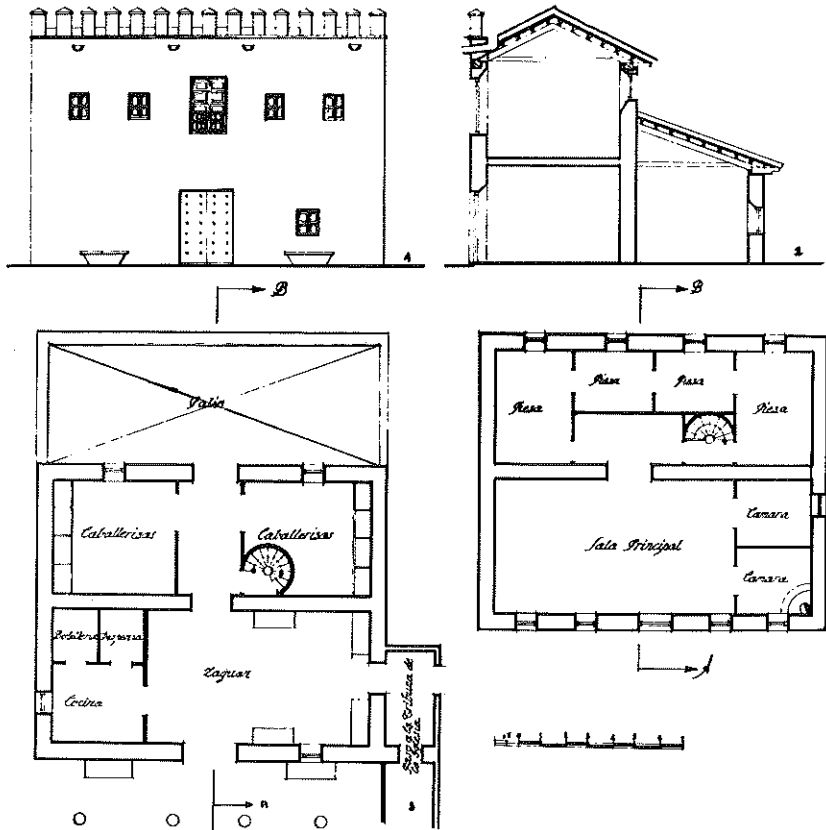
en peligro de ruina inminente (27). Finalmente, en 1629, se nombra el solar en la donación a la familia Aróstegui, hecha por Felipe III, que antes mencionábamos, de “un sitio de casa y solar nuestro caydo y derribado mucho tiempo a, que no sirve a nayde de cosa nynguna, antes bien tiene peligro la gente que pasa por algunos pedazos de tapias que pueden caer” (28).

Del estudio de la diversas tasaciones que se hicieron y que con todo detalle obran en el expediente de Alhambra, llegamos a la conclusión de que el solar de la Casa Real tuvo una superficie de 2.744 metros cuadrados. Sobre dicha área la edificación ocupó 146,33 m.2, de los que 78,40 correspondían a la nave principal y 67,93 la destinada a patios y huerta.

Respecto a la distribución que tuviera la parte edificada llegamos a una hipotética reconstrucción, de la que hemos demostrado más extensamente en otro lugar, que está muy cercana a la realidad. La Casa Real de Santa Fé fue un edificio de dos plantas, con un caramanchón dividido en cuatro compartimientos, cubierto a cuatro aguas en la nave principal o delantera y a una vertiente la destinada a caballerizas en la parte trasera.

La planta baja constaba de un zaguán de entrada, desde el que partía un acceso a la Iglesia por medio de un pasadizo en su parte derecha entrando, que lindaba con la tribuna del templo; a la izquierda tres habitaciones para cocina, despensa y bodega.

A la planta alta o principal se llegaba por una escalera de caracol de 23 peldaños, que desembocaba en un corredor que daba paso a las cuatro habitaciones sobre las caballerizas, con luces a la huerta y a la habitación principal o salón, con dos cámaras a su derecha, mirando desde la fachada, en una de las cuales había una chimenea, la escalera continuaba hasta el camaranchón.



Casa Real de Santa Fé.—1. fachada; 2. sección A-B; 3. planta baja; 4. planta alta.

La sala principal tenía un balcón a la plaza y tres ventanas a la fachada; cada una de las cámaras y cuartos, su ventana de luces sobre la huerta. Al pie de la fachada almenada, y frente a la plaza, había tres poyos de obra y unos marmolillos que denotaban haber tenido cadenas.

En la huerta se disponía de una noria, que proporcionaba el agua para riego y las necesidades de la casa, de esta noria se conserva actualmente el pozo.

Consideramos oportuno hacer una breve referencia a varios extremos de la ciudad campamento, a los que los Reyes dieron singular relieve.

LA IGLESIA

Son muy escasos los datos encontrados en los archivos, solamente en el tan repetido Archivo Parroquial hay noticias por las que se puede deducir cómo fuera la primitiva Iglesia parroquial. Su construcción se comenzó en 1491, al mismo tiempo que las demás edificaciones. Debió tener una fábrica mucho más sólida que la de la Casa Real, pues hasta dos siglos después en 1728, no aparece ningún documento que nos diga se hicieron en ella obras de consolidación; en este año se construye, por bajo del arco que sostenía el campanario, otro supletorio para consolidar la torre que daba a la calle Real (29).

La Iglesia del campamento-ciudad dura en pie y en uso hasta 1773 en que fue demolida por completo y en su mismo solar se levantó la que hoy existe. Por algunos grabados anteriores a su demolición (30), vemos que constaba de una sola nave, a la que tenía adosada una torre campanario mirando hacia el norte y en cuya parte baja estaba la vivienda del Vicario. Un pasadizo se comunicaba con la Casa Real, por el que los monarcas podían asistir a los cultos sin salir a la calle.

Los Reyes, en virtud de la facultad que les concedió el Papa Inocencio III en 1486, solicitaron del Cardenal Arzobispo de Toledo erigiera, como así lo hizo, una Iglesia Colegial en 21 de Mayo de 1492. Tenía una Abad doce Canónigos prebendados. El Abad era la cuarta dignidad en el coro de la Catedral de Granada. El más antiguo de los Canónigos era el Prior con el oficio de Rector o Cura propio de toda la Parroquia y sus anejos. Habría de ser Bachiller en Santa Teología o Cánones y residir en Santa Fé (31).

En 1501 fueron incorporados como anejos a la Parroquia, los lugares de Belicena, Purchil, Chauchina y la Torre de Roma (32). La primera Iglesia vivió con bastante mediocridad a pesar de los “doscientos marjales en tierras que valgan” que le asignaron los Reyes en el Repartimiento.

Hasta 1773 no hay noticias de obras de reparación. En esta fecha el Rey dispone su derribo y la construcción de una nueva, a petición del Cabildo; para ello libra una primera cantidad de 664.000 reales vellón. En Julio de este año el Cabildo aprueba los planos trazados por Don Ventura Rodríguez, Maestro Mayor de las obras reales. Se encarga de la construcción a Don Domingo Lois Monteagudo y a su sobrino Don Francisco de Quintillán, el autor del plano a que nos referimos al comienzo y que ya hacía tiempo que residía en Santa Fé.

Teniendo necesidad de depositar el Santísimo Sacramento, mientras duraban las obras, se designó la Iglesia de los Agustinos Descalzos extramuros de la ciudad (33). Se formularon por el Cabildo 13 capítulos de un cuestionario, que se sometieron a Comunidad Agustina, sobre las necesidades y requisitos para el acomodo de la Parroquia, todos los cuales fueron aceptados por los frailes. Al fin, el 11 de Septiembre a las cinco de la tarde, en solemne procesión, se verificó el traslado del Santísimo, a la que asistió el Ayuntamiento en pleno, que la costeaba, junto con las once Cofradías y Hermandades de la Parroquia (34).

El día 14 se comenzó el derribo de la Iglesia , con las exhumaciones de los restos que en ella reposaban. Estas obras duraron hasta febrero del años siguiente. El día 10 se verificó la ceremonia de la bendición y colocación de la primera piedra (35).

Las obras del nuevo templo duraron exactamente nueve años y al fin el 4 de Noviembre de 1783 se celebró, con la misma solemnidad que la vez anterior, el traslado del Santísimo a su Sagrario, en donde se le venera hasta el día de hoy.

No cabe en el marco de este trabajo el hacer un estudio de la actual Iglesia de Santa Fé, ni tampoco hacer una relación detallada de las importantes dotaciones económicas y de valiosos objetos de culto que los Reyes Católicos hicieron a la fundación de la Iglesia, estos datos se pueden ver en cualquiera de las guías turísticas de la ciudad y documentalente en un curioso pleito que en 1549 promovió el Cabildo con el Arzobispo de Granada "sobre haberse llevado desta Iglesia a la Catedral de Granada la Cruz de Oro que sale en la Procesión del Día del Corpus con el título de la "Cruz de Santa Fé" (36).

No obstante sólo haremos mención, por haber sido hechas en los albores de la ciudad, de las dos más importantes fundaciones que en ella hicieron los Católicos Monarcas.

SANTA CATALINA

Ya hicimos referencia a la misma al demostrar el lugar exacto de la colocación del campamento de la Ermita de Santa Catalina. Su fundación se debe a la piedad de la Reina, que en el mismo año de 1492, estableció en Santa Fé un Convento de Frailes Jerónimos, en el mismo lugar donde ella tuvo su tienda de campaña y que fue erigido bajo la advocación de Santa Catalina (37). Nos dice el cronista que el 25 de Noviembre de 1491, día de la gloriosa Santa Catalina, entraron en el Real de los Comisarios moros con las Capitulaciones para la en-

trega de Granada, concertadas en Churriana, para que las firmasen los Monarcas. En el campamento fue un día de regocijo y en acción de gracias los reyes prometieron fundar un convento fuera de los muros dedicado a Santa Catalina de Alejandría y dárselo a la Orden de San Gerónimo (38).

Con la dotación de la memoria, fundada por la reina, los monjes siguieron cumpliendo hasta el año 1705 en que se hundió parte de la Ermita. En 1729 fue reparada la parte baja y el antiguo cuadro de la santa fue sustituido por una imagen de talla que bendijo el Vicario en 29 de Septiembre. A partir de esta fecha se pierden toda clase de datos sobre la Ermita. Seguramene los 150 marjales con que la Reina dotó su memoria serían incautados por la desamortización y entraron a formar parte del hoy llamado Cortijo de Santa Catalina, en el que hasta hace muy poco se ha conservado un arco tapiado de ladrillos que debió pertenecer a la Ermita.

NUESTRA SEÑORA DE LOS GALLEGOS

El gran contingente de gallegos que asistieron a la toma de Granada y de los que un buen número se avecinaron en Santa Fé, en el año 1498, edificaron a sus expensas en el Egido de la Puerta de Granada, inmediato a el lugar donde hoy está la Ermita del Cristo de la Salud, una pequeña Iglesia dedicada a la Virgen, de la que dejaron una imagen de talla, que el pueblo denominó "Nuestra Señora de los Gallegos", otra talla de Cristo Crucificado y una imagen de San Juan Evangelista (39).

En 1678 se da cuenta al Cabildo Municipal, en sesión de 28 de Abril, de que la "Ermita de Nuestra Señora de los Gallegos que desde la fundación de esta ciudad se fundó y quedó situada en el Egido de la Puerta de Granada. y donde está situada la Hermandad y Cofradía de la Santa Vera Cruz de que son hermanos esta ciudad y sus vecinos se arruinó y cayó" (40).

De aquellas imágenes sólo se conserva la del Crucificado en la actual Ermita del Santísimo Cristo de la Salud, que es muy venerada. Es tradición no comprobada, que fue donada a Santa Fé por los Reyes Católicos. La imagen de la Virgen Nuestra Señora de los Gallegos se venera en la Iglesia Colegial en el Altar del lado de la Epístola.

MURALLAS Y PUERTAS

Lo que peor han padecido las inclemencias del tiempo y la obra humana de Santa Fé, han sido sus elementos de fortificación. Por una parte, el no ser ya factores indispensables para la vida de la ciudad, cuando dejaron de tener efectividad defensiva, por eso no se hicieron nunca en ellas obras de consolidación; por otra parte las murallas no son más que un estorbo que se opone a la expansión de la ciudad y paulatinamente van haciéndolas desaparecer (41). Los terremotos de 1806 fueron los últimos demoledores de los restos de murallas que aún subsistían.

De los 1.400 pasos que en todo el perímetro de la ciudad tenían sus murallas, sólo se conservan en algunas tapias de corrales de ciertas casas, debajo del enjalbegado de cal, unos metros de la que con tanto afán y celeridad levantaron las ciudades y maestrzgos en torno a Santa Fé y que pintadas de yeso blanco produjeron el asombro de los moros, encerrados en su ciudad acosada y que representó el último impulso para que negociaran su rendición.

El foso que en su tiempo se llenó con derivaciones de las aguas del Genil, ha durado hasta casi nuestros días; cuando ya no se rellenaba de agua nueva, la que quedaba por el continuo arrojar de basuras por el vecindario, se corrompía llegando a ser un peligro para la salubridad pública. Hemos encontrado bastantes lamentaciones en las actas capitulares de distintos años, pidiendo la desecación de las cavas, la más curiosa es la de 1770 en la que, con motivo de una epidemia, se pidió por el vecindario al Ayuntamiento que "fuese cegada la cava",

a ello se opuso el arquitecto D. Domingo Lois que estaba construyendo la Iglesia, por ser un recuerdo de los Reyes Católicos (42). Finalmente en 1806, cuando se comienzan a reconstruir los edificios derribados en el terremoto, se rellenaron definitivamente los fosos, no sin la “oposición del Consejo Supremo y del Capitán General”.

Lo que si se ha conservado hasta hoy son las cuatro puertas (43). Para su conservación en todos los tiempo las Corporaciones municipales han procurado su consolidación, llegando hasta 1952 en que definitivamente se reafirman y se reconstruye, con motivo del Centenario de Fernando el Católico, la de Loja que estaba caída.

Son innumerables y constantes las referencias en los Libros Capitulares al estado de las Puertas a partir de 1594, algunas curiosas y dignas de ser referidas, sólo mencionaremos las vicisitudes porque ha pasado el famoso tetrástico de Pedro Mártir de Anglería y que hemos podido seguir a través de la documentación del Archivo Municipal. Como ya indicamos fue colocado por disposición del Conde de Cifuentes en el umbral de la Puerta Occidental entonces llamada de Jerez (44). Sus letras fueron grabadas en hueco sobre una gran piedra y rellenos de plomo hasta dar relieve.

De las 130 letras de que constaban los versos, 108 fueron robadas en 1615 por un tal Miguel Castillo, que fue prendido y obligado a pagar su importe de doce ducados. Se encargó a dos Alcaldes Ordinarios la reposición de las letras y éstos añadieron por su cuenta dos piedras más, con las iniciales de los Reyes Católicos y la constancia de su reparación en la época de su mandato (45). En 1620 se da cuenta al Cabildo de que la Puerta se ha derrumbado y que se han llevado la piedra de donde estaba. El Ayuntamiento ordena se busque y coloque en el portal del Pósito hasta tanto se construya. Esto se terminó en 1615 y a principios de la actual centuria y por haberse cuarteado a consecuencia de los terremotos y por otra parte, porque entorpecía la circulación, cada vez más intensa por la carretera, que pasa por debajo

de ella, fue mandada derribar y no ha sido reconstruida hasta 1952, como antes dijimos. La piedra con la inscripción ha desaparecido definitivamente; no hemos podido hallarla.

En esta ciudad, como es sabido por todos, se llegó a un feliz acuerdo entre los Reyes Católicos y Cristobal Colón; en efecto, desde el otoño de 1491 vivió en ella el insigne Genovés, que asistió a la Toma de Granada, como él mismo lo dejó consignado en la primera hoja de su "Diario de las derrotas y caminos" con estas palabras: "depués de Vuestras Altezas haber dado fin a la guerra de los moros, que reinaban en Europa y haber acabado la guerra de la mui grande ciudad de Granada a donde este presente año a dos días del mes de Enero por fuerza de armas vide poner las banderas reales de Vuestras Altezas en las Torres de la Alhambra, que es fortaleza de la dicha ciudad, vide salir al Rey moro a las puertas de la dicha ciudad y besar las manos reales de Vuestras Altezas y del Príncipe mi señor". . . En aquel mismo mes se reanudaron las negociaciones y entre Granada y Santa Fé repartieron sus estancias los Reyes. Al cabo de tres meses en la modesta Casa Real se firman las capitulaciones redactadas por Juan de Coloma y aprobadas por ellos.

Así nació Santa Fé y así fue asociado su nombre al de todos los ilustres personajes que intervinieron en la Toma de Granada y que constan inscritos en el Libro del Repartimiento. No conocemos otra población que haya podido reunir tan gloriosos recuerdos dentro de sus muros, "elevados con divina prestreza" y a la que la Providencia, queriendo cooperar con sus designios a la excelsa obra para la que fue creada, decretó su mayor gloria, disponiendo que en esa ciudad, que puede considerarse como emblema de la unidad patria, porque en ella confluyeron los esfuerzos de todos los españoles, y concluyese la gran epopeya de la Reconquista.

Sólo me resta ya, una vez expuesto mi propósito de ofrecer a esta

Real Academia las primicias de mi más extenso trabajo, manifestar mi agradecimiento a todos cuantos han tenido la paciencia de escuchar esta mal hilvanada historia de una ciudad, la última fundada en el siglo XV y precisamente frente a los muros de nuestra Granada.

Muchas gracias.

NOTAS

- (1) **Opus Epistolarum**, eps. 89, pág. 157. Alcalá 1530. Trad. de José López de Toro en "C. Doc. inéditos para la h.^a de España".
- (2) Carta de los RR.CC. a los caballeros que vivían en Ronda llamándolos para entrar en Granada. 1.453-54. Febrero 1491. Pub. por Garrido Atienza en sus "Capitulaciones para la entrega de Granada", 1910.
- (3) Andrés Bernaldes.— **Crónica de los RR.CC.** Ed. Juan de Mata Carriazo. Madrid, 1927.
- (4) **Crónica de los señores reyes catholicos Don Fernando y D.^a Isabel de Castilla y Aragon por su Coronista Hernando del Pulgar.**— Bib. A. E. T. LXX, pág. 509
- (5) Sevilla Enero 1492.— Incunable de la Bib. Universitaria de Granada. Pub. por A. Marin Ocete en "Anales de la Facultad de Letras", n.º 4 y 5.
- (6) A. R. Ch. Sala 3.^a Lég. 978 n.º 4. Sección H.^a de Granada.
- (7) A. R. Ch. Sala 3.^a Lég. 985 n.º 6. = Relación sacada por parte del Concejo, Justicia y Reximiento de la Ciudad de Granada en el pleito que trata con la Villa de Santa Fé, 1521.
- (8) Duran Lerchundi.— **La Toma de Granada y caballeros que concurrieron a ella.** Madrid, 1893, 2 vols.
- (9) Alfonso de Palencia.— Eps. citada.
- (10) Lucio Siculo.— **De rebus hispaniae memorabilibus**, 1579. Libro XX. Alfonso de Palencia. Eps. cit.

- (11) Alfonso de Palencia.– Carta citada al Obispo de Astorga.
- (12) Arch. Munc. Sevilla. Tumbo del . . . tomo 3.º fol. 404.
- (13) Antonio de la Torre.– “Los Reyes Católicos y Granada. Madrid, 1946.
- (14) Pleito citado. A. R. CH. Sala 3.ª L. 985-6.
- (15) Arch. Mun. Santa Fé. Vitrina Salón de sesiones.
- (16) Cpts. X y CXXXV.– 1643.
- (17) Anales de Granada.– Ed. por A. Marín Ocete en 1934.
- (18) Carta al Cardenas Ascanio M.ª Sforza, pág. 167
- (19) pág. 82.
- (20) Arch. Parrq. Santa Fé Ms. cit. t. I fol. 309.
- (21) Pedro Mártir de Aglería: Op. cit.
- (22) Antonio de la Torre: Los RR. CC. y Granada en Rev. Hispania. 1946, pg. 227.
- (23) Declaración de un testigo en el pleito de la ciudad de Granada contra la Villa de Sancta Fee. Arch. R. Chancillería Granada. Sala 3.ª Leg. 985-6. Probanza de Santa Fé.
- (24) Bartolomé de las Casas: H.ª Général de Indias. Capt. XXXIII.
- (25) Arch. Alhambra. Lég. 15 n.º 8 Cédula sobre las obras de la casa real de Sancta Fee (1554-1560).
- (26) Ibidem. Lég. 15 fols. 4-6.
- (27) Arcg. Munc, Santa Fé. Actas Cabildo 1600 a 1609.
- (28) Arch. Parroq. Santa Fé. Ms. cit. t. I fol. 309.
- (29) Vallejo del Burgo Ms. cit. fol. 30 v.º
- (30) Cosme de Medicis. Viaje por España.–Santafé.

- (31). Arch. Diocesano. Granada. Lég. 46. Testimonio de la Erección de la Iglesia Colegial de Santa Fé. 1798.
- (32) Arch. Parroq. Ms. cit. fol. 12.
- (33) Hoy Real Colegio de la Compañía de María.
- (34) Arch. Parroq. Lib. Capitular 1773 Acta 11 Sept.
- (35) Ibidem. Lég. Cuentas de fábrica n.º 10 Agosto 1773, y Arch. Municipal. Lib. Actas 10 Feb. 1774. Testimonio de la Bendición de la Primera Piedra para réedificación de esta Santa Iglesia.
- (36) Arch. Dioces. Lég. 157. Oficio de D. Manuel de Bargas.
- (37) Bermúdez de Pedraza: *Op. cit.* fol. 174 v.º
- (38) Ms. cit. fol. 10 v.º 1492. "Este año fundaron los señores reies catholicos la hermita de Santa Cathalina de Alexandria a poca distancia desta ciudad por el día que se firmaron las capitulaciones en el real de Sanctafe de la entrega de Granada, y la señora reyna doña Ysabel fundó en memoria de este día. 25 de noviembre, una Iglesia a Santa Cathalina y dotó su fiesta y cuidado de della y de la renta a la Orden de S. Jerónimo y convento que allí se fundó. Después se trasladó dicho convento a la ciudad de Granada por haber quedado aquel sitio de la estancia del exercito inmundo y poco sano, quedose la iglesia allí. . .
- (39) Arch. Munic. Lib. Capt. 1584.
- (40) Arch. Parroq. Ms. cit. fol. 16 v.º
- (41) Arch. Municp. Lib. capt. acta 23 abril 1579 y 28 abril 1581.
- (42) Arch. Municp. Lib. Capt. 1699 a 1700.
- (43) Orientadas como ya se ha dicho a los cuatro puntos cardinales y se denominaron: De Jaén o de los Carro al N. de Sevilla al S. de Córdoba hoy de Granada al E. y de Jerez hoy de Loja al O.
- (44) Carta al Cardenal Ascanio m.ª Sforza. *Op. cit.* pág. 167.
- (45) Arch. Municp. Lib. Capt. 1614-1622 1 Ene. 1615.

CONTESTACION

DEL

EXCMO. SR. D. MARINO ANTEQUERA GARCIA

Excmos. e Ilmos Señores:
Señoras y Señores.

La vocación, la profesión de quien viene hoy a nuestra Academia, son de las que se vuelven al pasado. En una ocasión escribía Eugenio Montes: "Tal vez el más importante duelo que hoy se está riñendo en este 'Bois de Boulogne' que es la Europa de nuestros días, sea aquel que disputan los creyentes en la Historia Universal, contra los incrédulos en la continuidad de un sentido verdadero y común a través de los tiempos." Los enamorados de la Historia Universal a que se refiere el humanista gallego, no son sólo los políticos fieles a las tradiciones, ni los autores de densos tratados y pesados volúmenes. Estos no hubieran podido llegar a la amplitud de sus obras sin la existencia y la labor de otros de ambiciones más limitadas aunque no menos inoperantes, tales como el investigador en pequeños campos arqueológicos, el buscador de viejos documentos escritos, en reservas y archivos dejados por el olvido en reposo y entre los más eficaces e imprescindibles de éstos, los paleógrafos. La paleografía fue la actividad constante del nuevo académico; la practicó y la enseñó de continuo. Descubrir viejas y casi herméticas escrituras en las que el pasar del tiempo se enseñó. Conseguir la obtención de datos y noticias de la compilación de un palimpsesto, todas estas son tareas nutricias del quehacer en grande de la Historia.

Ya la palabra Academia parece indicar un estacionamiento en viejas corrientes y más aún cuando a la Academia así designada, le

cuelgan dos largos siglos de existencia. Pero en lo que se refiere a nosotros, a nuestra Institución, no existen causas de anquilosamiento, de excesiva sujeción en el pasado hasta dejar infructuoso su presente y menos su futuro. El pasado, es cierto, se constituye en nuestro apoyo, pero nuestra aspiración es el porvenir. Necesitamos quienes como nuestro nuevo compañero, nos relacionen fructuosamente con la historia; experiencia y sabiduría, pero nuestra entrada ha estado siempre abierta a los jóvenes con ilusiones y esperanzas. En este sentido no puede nadie dudar de que nos apoyamos en la acreditada tradición de nuestro Occidente que anduvo siempre firme, pero anduvo. Sí, anduvo desde los presocráticos hasta el alejandrino Plotino a través de Platón y Aristóteles, en Literatura de Homero a Teócrito y en arte, que es lo nuestro, desde el Trono Ludovisi al Toro Farnesio. Se pretende hoy acabar con los vestigios del pasado que se conceptúan trabas para la marcha cuando en realidad, en manos hábiles, pueden ser motores de lanzamiento para el futuro, puesto que no es fácil llevar a cabo algo valedero desde fuera de la plataforma de la experiencia.

Sabemos que el afán excesivo de novedad no se da en el nuevo académico. De sentir ese afán ¿para qué estudió paleografía sino para apoyarse y ayudar a los demás a apoyarse en lo antiguo para el lanzamiento propio y consciente hacia el porvenir? Lo hizo, asimismo, para cooperar a la erudición de etimología latina de "erudire", quitar rudeza, enseñar. ¿Y no existe una similitud entre el quitar rudeza y el cultivo de lo bello propio del artista? ¿Y no es lo docente cuando se alía con lo estético germen de obtenciones bellas en los demás?

Pero no son sólo estas consideraciones las que han traído a nuestra Academia al que hoy recibimos. Función nuestra es el interesarnos e interesar a los demás en nuestro arte genuino; en el propiamente granadino, en el carácter y aspecto de nuestra ciudad con sus encantos y bellezas, con la gracia pimpante de sus barrios populares y el empaque y nobleza de los señoriales y Eladio de Lapresa yo bien se que ama el noble conjunto arquitectónico, el recogido aire, el propósito de permanencia, por desgracia no cumplido, del principal y noble barrio de

la Magdalena, del que en fecha no demasiado lejana, hemos visto desaparecer el hermoso empaque de la calle de las Tablas y las interesantísimas muestras de la construcción en ladrillo visto, tan características del siglo XVIII granadino, de la que quedan muy contados ejemplares.

Pero el compañero que hoy recibimos, no quedó en un muy dolido, pero infructuoso sentimiento. Archivero de la Real Chancillería granadina, departamento en el que ha llevado a cabo una labor extraordinariamente fructuosa de ordenación y clasificación con instalaciones modernísimas y extraordinariamente facilitadoras para el trabajo de oficio y para el de investigación, se encontró fuera del edificio de la Chancillería y en un caserón viejo, inservible para el fin a que se le destinaba por lo que su demolición era irremediable a pesar de que este edificio tenía un muy grande valor en la ambientación de un trozo de la antigua Granada y conservaba el recuerdo histórico de haber sido lugar de nacimiento de un nuestro paisano de los más ilustres entre todos los tiempos: como eminentísimo teólogo, ordenador del derecho público y del de gentes e influyente con su doctrina en la totalidad de las universidades europeas, incluso en las heterodoxas, el justísimamente llamado por la Santa Sede "Doctor Eximio", el padre Francisco Suárez. Demolida la casa, Eladio de Lapresa, cuidó de que su reconstrucción conservara con exactitud aspecto, ordenación, estilo vetusto tal la casa derribada. Yo fui testigo de esta reconstrucción de la que obtuve numerosas fotografías. La pérdida de este edificio, del que antes de su asimilación por la Chancillería, hubo propósitos de convertirlo en cine, hubiera sido altamente lastimosa porque, aparte de las razones históricas de las que queda hecho mérito, correspondía al grupo de viviendas nobles que, en los primerísimos tiempos de la Granada reconquistada se elevaron en estos lugares tomados a la ciudad judía, y de las que quedan muy pocas. Desaparecidas las más de ellas quedan aún la ahora rehecha de los Suárez de Toledo y de los vizcondes de Rías y del marqués de Corvera, que estos fueron sus ocupadores, la casa de los Tiros, de la que formó parte primitivamente la anterior, mansión esta de los Tiros que ocupó el lugar de la del obispo

de Lugo don Pedro de Rivera y la que hoy conocemos con aires de fuerte, tuvo fines, de solar de los Vázquez de Rengifo y más tarde de los Granada Venegas, señores del Generalife, de la casa también árabe de las Gallinas en las márgenes del río Genil, y de Jayena y Campotejar. Junto a la casa de los Suárez de Toledo se alza aún la de los Maza de Lizana, marqueses de Casablanca, mansión que perdió su fachada primitiva por un incendio y la de hoy es reconstruida. Sigue el ya transformado palacio de los marqueses de la Paniega, con escasísimo interés arquitectónico. En él pasó parte de su juventud el escritor don Juan Valera, hermano de la marquesa. Frente a estas casas y ya en la calle Ballesteros, se alza aún la de los condes de Castillejos, con su interesantísima portada de esquina del más puro Renacimiento traído por Diego de Siloe. La más moderna de las casas nobles de esta zona la neoclásica de los condes de Villaalegre, afina y alegra la plaza de los Tiros, sin ella demasiado severa con lo militar de la casa que da nombre a la plaza y con lo fúnebre del monumento al actor Isidoro Maiquez. Cierra esta serie de las casas subsistentes, la de los Girones, que aunque mora en sus adentros fue donada a los Téllez Girón y la de los condes de Gabia. Esto es lo que subsiste, pero entre las importantes desaparecidas y que hermostearon estos lugares, figuran el palacio del primero de nuestros prebostes, fray Hernando de Talavera, el del Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, la de don Luis Fernández de Córdoba, comendador de Villanueva de la Fuente, la del marqués de Santa Cruz, don Alvaro de Bazán del que hasta desapareció la lápida broncea que en lo que hoy es plaza de Isabel la Católica recordaba su solar, y por último, la casa de los Cañaveral en la placeta de su nombre, con buena portada de piedra, aún subsistente en lo que hace poco fue colegio de la Corte de Cristo, palacio que tuvo en el principal de sus salones muy hermosas pinturas, años atrás desaparecidas, del siglo XVI. Véase pues, si esta contribución esmeradísima de nuestro recipientario, a que no se borre aún más de lo que queda de nobleza e historia en un barrio granadino, merece o no a este enamorado de nuestra ciudad el más encendido reconocimiento.

A todo ésto se añaden los méritos que elevan la figura de Eladio de Lapresa y que en breve relación son una brillantísima hoja de estudios universitarios, de sobresalientes, matrículas y premios extraordinarios hasta su licenciatura y doctorado en Filosofía y Letras y en Derecho. En nuestra Facultad de Filosofía y Letras fue profesor ayudante de clases prácticas, profesor auxiliar, temporal, profesor adjunto por oposición de Paleografía y Diplomática y finalmente secretario de la dicha Facultad. Aparte de estos cargos docentes, ha sido funcionario del cuerpo Facultativo de Archiveros Bibliotecarios y Arqueólogos y director del Archivo de la Real Chancillería de Granada como queda dicho más arriba. Las obras de que el recipiendario es autor son muy numerosas y publicadas desde 1932 hasta el presente año. Las hay de arte, las más, relativas a la historia granadina, no pocas relacionadas con la Alhambra, las hay e importantes propias del paleógrafo de un rebuscador de archivos y ordenador de bibliotecas.

Pero aún hay más, puesto que este enamorado de los documentos antañones y de los testimonios del pasado y más si son bellos, ha elegido para algunos de sus trabajos, flores de erudición y de sapiencia, una ciudad digna casi de ser considerada como mítica, por las extraordinarias circunstancias de su nacimiento, surgido de improviso, como de milagro, en la coyuntura más gloriosa de nuestra historia patria, cuando España se desposaba con el Occidente cristiano tras la larga noche de una dominación que si tuvo días de brillo en el siglo X y seductores reflejos recogidos aquí en Granada en el XIV, en el XV había dado de sí cuanto pudo y caía en plenos disolución y hundimiento aún antes de la dominación cristiana. La extraña ciudad, objeto de los estudios y rebuscas de archivos de nuestro nuevo compañero, no podía ser otra que Santa Fé. Ya habeis oido su hermoso discurso relativo a ella y habeis podido apreciar cómo de la tan completa rememoración de la ciudad resalta la fe en la grandeza de un momento, de un escenario, de unos actores que los recoge un trozo de tierra hispana, hasta entonces sometido al Islám, a partir de aquel instante santificado por un ara, núcleo espiritual de un poblado que aunque improvisado con

fines circunstanciales, había ya de permanecer para los siglos como construida memoria de hechos irrepetibles. Trozo de tierra fecunda, como para asegurar pervivencia, de una alquería, allí se elevó la ciudad campamento, para más señal de clasicismo dispuesta como los de las legiones romanas que aseguraron los límites de un Imperio, en Granada tributo a una estirpe clásica, y por nombre, la entraña, el motivo y la causa de todo aquélla la Santa Fé. ¿La Santa Fé? Ella había sostenido durante más de siete siglos la lucha para la liberación frente a gentes extrañas a nuestras creencias, a nuestra tierra y a nuestra cultura latina y por si era poco el nuevo Occidente recobrado entonces por España, en estas mismas tierras del viejo campo del Gozco, se afirmó en su empresa un soñador, un aventurero que había de ampliar lo occidental recién adquirido hasta límites imposibles ni aun de soñar; los límites de un mundo que nadie había vislumbrado y al que había de llevar nuestra raza de conquistadores y descubridores con una corriente civilizadora, el supremo tesoro de una Fé santa.

Los Reyes Católicos sabían lo que cabía esperar del remate de la Reconquista, no lo esperaban tanto de la aventura colombiana. Cuantos han escrito de la fundación de Santa Fé y de los primeros principios de las conversaciones que llevaron al descubrimiento de América, trajeron siempre a colación como testimonio viviente y citándolo como precursor del periodismo actual, a aquel humanista siciliano, Pedro Mártir de Anglería, que tan puntuales relaciones nos dejó de aquellos gloriosos días españoles. De él nos quedaron unas no muy halagüeñas palabras recogidas por el excelente biógrafo del italiano, el balear Lorenzo Riber. “Uno de estos días pasados, volvió de los antípodas occidentales, un tal Colón, de nación ligur, que muy difícilmente, para tal jornada, consiguió tres carabelas de mis reyes que consideraban ser puro sueño lo que les decía. Regresó ya y trajo muestras palpables de muchas cosas preciosas, oro principalmente, que aquellas tierras producen de suyo”. Así eran en suprema sencillez cristiana aquellos acontecimientos de consecuencias epopéyicas, desarrolladas en un rincón de la vega granadina. Después del incendio del campamento

real, iniciado por la caída de un alfanque de la Reina, surge, como brotada de la removida tierra fecunda la ciudad nueva. Ciudad nueva, blanca, blanquísima, granadina, humilde en tu inserción en la Historia que dice que fuistes principio de grandes cosas y tema para muchas e ilustres plumas. Ya no tienes murallas que te cerquen, ni férreos rastrillos en tus puertas y ciudad abierta, te abres a cuantos a tí se acercan y más si son de los que tratan de hurgar en tu nacimiento, en tu pasado, en tu pasado digo que no es pasado porque el pasado habla de tiempo y para tí, ya eterna, el tiempo no cuenta.

Son muchas las obras publicadas por Eladio de Lapresa desde 1932 hasta el año en que nos encontramos. Las hay de arte, como la relativa a la atribución a José de Mora del Cristo del Rescate de la iglesia de Santa María Magdalena. Trabajos sobre muchos archivos de nuestra ciudad, como los de la Alhambra, la Chancillería, la Universidad y otros menores, Estudios acerca de asuntos bibliográficos, sobre determinados aspectos de la vida granadina, como los escritos sobre la Semana Santa de Granada o el barrio de la Magdalena. Pero, sobre todo, ha escrito sobre Santa Fé. Desde su análisis de las Reales Ordenanzas de la ciudad de Santa Fé, publicados en 1952, las investigaciones sobre el hogar de los Reyes Católicos en la citada ciudad, dadas a la luz en 1966, el sabroso estudio "La Casa Real de Santa Fé a través de documentos de la Alhambra y otros archivos y ya en el presente año, "Santa Fé, Historia de una ciudad del siglo XV, su repartimiento y privilegios".

Rodeado de intelectuales desde su niñez vecina del barrio de la Magdalena, se burló siempre más con su conducta llana y sencilla que con chanzas y enojos, de la pedantería. Gustó del arte, por propio sentimiento y porque su ambiente juvenil estaba aún impregnado de amor a la belleza, propio de la corriente que entre los muchachos universitarios habían dejado los muchos años de explicación artística de Dominguez Berrueta y la corta, pero muy sapiente, de Diego Angulo,

pero más que por nada, porque el arte es la manifestación más atractiva y suave de la cultura y esta fue pasión envuelta en capas de sencillez, de este asequible y ajeno a inmodestias profesor universitario, al que los galardones y premios conseguidos, entre ellos el de comendador de la Orden de Alfonso X el Sabio, no han conseguido envanecerle ni privarle del gustos de amistades de toda categoría.

Nuestra Academia abre hoy los brazos y decora con medalla que ya anduvo por archivos y bibliotecas, desde la general de nuestra Universidad hasta el de Simancas, sobre el pecho de aquel devoto de la Reina sin par y fundadora de Santa Fé, de aquel impugnador tras las huellas del Menéndez Pelayo de los heterodoxos y de los intelectuales dados a devaneos con determinadas ideologías caracterizadoras de los años 30 de nuestra historia: el arzobispo García de Castro. El prelado fue mi amigo desde los tiempos de periodismo de él y míos y juntos cumplimos muy difíciles cometidos. Este conocimiento del Prelado ejemplar y del heredero de su medalla, me permite asegurar que pocos poseedores de tal presa pudieran hallarse tan idóneos como el que desde hoy la posee, ennoblecida por los largos años de trabajos y merecimientos de sus dos últimos poseedores.

He dicho.

EDICION PATROCINADA POR LA
OBRA CULTURAL DE LA CAJA DE AHORROS DE GRANADA